

NOVELA III



TRAVESÍAS DE SANGRE

Rafael Ballén

DAURO

*A la memoria de las víctimas de esta historia.
A Lucía, que se ocupa de todo, mientras yo vivo
la aventura del encierro.*

Lo que yo más quisiera es contar una historia divertida; recrear un paisaje con variedad de bosques y de árboles, con hojas verdes y húmedas en sus ramas, orquídeas en sus gajos y hojas secas que abonaran sus troncos; con miles de animales exóticos, donde hubiera cientos de aves de diversos colores y cantos, amenizados con cascadas cristalinas que les hicieran coro. Pero como son crónicas de guerra los hechos que voy a narrar, será efusión de sangre y de lágrimas lo que el lector encontrará en el andar de estas páginas.

En sus locas ambiciones de poder y riqueza, los hombres de ayer utilizaron varios procedimientos para segar la vida a quienes graduaron de enemigos previamente. El garrote vil, la hoguera, la horca, la guillotina y el más civilizado de todos: el pelotón de fusilamiento.

Para todo aquello que fue corriente en el mundo, en Colombia, los actores de tales fechorías sobresalieron por su genialidad inédita en crueldad y sufrimiento. De un siglo atrás a esta época pusieron de moda las torturas y las masacres públicas para humillar a sus víctimas antes de darles el balazo final, al tiempo que sembraban escarmiento entre los testigos. Las motosierras y los hornos crematorios se convirtieron en los símbolos del terror: desmembrar y descuartizar, quemar personas vivas y convertir en llamas y ceniza a mujeres, hombres, ancianos y niños se hizo costumbre; y para borrar hasta siempre las huellas de sus crímenes, hicieron de las fosas comunes, abismos, ríos y mares, tumbas del olvido.

¿Por qué ocurrió tal cosa en dicho país?, se preguntarán las nuevas generaciones y los extranjeros, si es que mis crónicas tienen la suerte de traspasar las fronteras. Así defraude a los de aquí y a los de allá, desde el comienzo les advierto que es difícil responder la pregunta en un par de frases, máxime cuando no

podré clasificar mis crónicas por orden alfabético en relación a sus víctimas, ni tampoco cronológico ni territorial, por varias razones. Al principio, su investigación y escritura estuvieron condicionadas a las urgencias comerciales de la empresa para la que laboraba, y luego, a la tregua que me dieron los tres actores armados: el oficial, el paraoficial y el insurgente. Mis crónicas pueden parecer anárquicas, porque para verificar los hechos y escribirlas, tuve que saltar de La Guajira al Putumayo; y de la Operación Orión en la Comuna Trece de Medellín a las matanzas de Ciudad Bolívar en Bogotá. Fueron pues, enormes travesías, al igual que las sangrientas incursiones de los ejecutores de las masacres: de norte a sur, de oriente a occidente, del campo a la ciudad.

Hay otra razón de fondo del porqué ocurrieron en Colombia tanto vejámenes juntos. Las élites han gobernado durante más de dos siglos con un hilo conductor aferrado a tres sustantivos que ejecutan la acción: exclusión-represión-exterminio. A la clase dirigente le cuesta mucho trabajo ejercer el poder de manera distinta. La exclusión es la principal causa de la pobreza, la injusticia social y la violencia. Los hijos de las élites son los únicos que tienen el camino despejado para lograr el ascenso personal. Para el pueblo las vías legales de acceso a la educación, a la comida, al vestuario, a la vivienda y a la propia dignidad, desde el comienzo de los tiempos, han permanecido vedadas.

En medio de esas realidades comencé a ejercer el periodismo en Bogotá, donde fui admitido como cronista por don Clímaco Giraldo, director y dueño de la cadena radial *La Voz de los Cerros*, el martes 5 de noviembre de 1985. En esa época yo tenía un conocimiento superficial de la violenta historia política de Colombia: sabía que mi abuelo paterno, Aníbal Pineda, después de algunas aventuras políticas en el Valle del Cauca, había sido comandante de la guerrilla liberal de Antioquia, que ostentando esa responsabilidad, fue asesinado el lunes 17 de marzo de 1952, y que huyendo de la violencia oficial en el occidente antioqueño, mis padres se habían radicado en la capital del país. Con una gran carga sentimental a cuestas, amando profundamente la verdad, más que cualquier otro valor, me cuestionaba a diario sobre la certeza y la articulación de esos hechos, porque mi

padre me los había contado sin explicarme las causas ni los efectos. La ambición de conocer los pormenores de ese pasado nebuloso fue determinante para que yo escogiera ser periodista investigativo en lugar de historiador o sociólogo.

Don Clímaco era un hombre alto, acuerpado, con unos kilos de más, de piel blanca, cabello castaño claro, de un temperamento bonachón, y cuando lo conocí, tendría unos cincuenta años. Siempre que entrevistaba a un periodista recién egresado de la universidad fingía ser más un maestro o padre de familia que un jefe. Era su estrategia para infundir confianza y enganchar a quienes consideraba que podían ser los mejores. Ese primer día me preguntó por mi lugar de origen y mi entorno familiar y social, por las razones que me habían llevado a estudiar periodismo en vez de otra profesión, por los propósitos y metas que tenía previsto alcanzar en el mediano y el largo plazo, y la causa de haber optado por el periodismo radial en lugar del escrito o el de imágenes. «Puedes tomarte el tiempo que quieras, pues tenemos toda la mañana para conversar», dijo.

A pesar de la disponibilidad de tiempo y de la flexibilidad del contenido de las preguntas, yo no tenía mucho que contar. «Azarías es mi nombre», le dije.

Nací en Camparrusia, occidente antioqueño, en 1963, y soy el mayor de cinco hermanos. Mis padres eran dos campesinos de esa aldea, dueños de tres fincas medianas, pero debido a la violencia tuvieron que venderlas para asentarse en Bogotá. Aquí abrieron un pequeño supermercado, en el que los vecinos del barrio encontraban más o menos todos los artículos de consumo diario. Escogí el periodismo y no otra carrera motivado por el deseo de conocer bien mi pasado y el contexto de violencia en que se había desenvuelto la vida de mi abuelo y las causas reales del traslado de mis padres a la ciudad de Bogotá.

—Teniendo en cuenta tus propósitos, —me interrumpió don Clímaco— ¿no habría sido más conveniente estudiar historia o sociología?

—No. La historia y la sociología son herramientas útiles para llevar a cabo las profundas investigaciones que requieren las ciencias sociales; y de hecho, me apoyaré en ellas para investigar la vida de mis mayores. Sin embargo, considero que el

periodismo es más exigente pero a la vez más ágil en el trabajo del día a día.

Para terminar de responder las preguntas que don Clímaco me había formulado le dije que había escogido la radio por la oportunidad laboral del momento, pero que me gustaba mucho el periodismo escrito y un poco menos la televisión. Asimismo, le manifesté que pensaba consagrarme con mucho juicio al ejercicio de mi profesión, que cumpliría con todo rigor y toda disciplina los horarios y los requerimientos laborales de la empresa. No obstante, desde el principio, dedicaría mis horas libres a investigar, con mucho tesón, la violencia que había rodeado la vida de mi abuelo y mis padres, así como las masacres y demás devastaciones de la guerra que Colombia padecía en ese momento.

Después de escuchar con mucha atención las respuestas, don Clímaco me dijo que, de acuerdo con los propósitos que yo pretendía, un buen género para comenzar a ejercer la profesión sería la crónica.

—Te aconsejo que la cultives desde el primer día de trabajo —agregó—. Pero la crónica no se practica detrás de un escritorio, ni en la sala de redacción de los medios. La crónica está en la calle: hay que caminar, ver, escuchar, palpar, olfatear, conversar, preguntar; usar los cinco sentidos dondequiera que se ponga en acción la conducta humana. Cuanto más activa, sensible, sangrienta y miserable sea la conducta de los seres humanos, más vívida e interesante resultará la crónica si el periodista posee el talento para ponerle alma, darle vida y hacerla agradable a la inteligencia de quien la escucha, lee u observa en imágenes. Como mis ancestros provienen de esas tierras provincianas de Colombia, tus ambiciones se parecen a las que yo tenía en mi juventud... y como leo en tu rostro la ilusión de investigar, quiero darte la bienvenida a esta casa de comunicaciones. Seré implacable en lo concerniente a la calidad del trabajo y a las noticias que vendan pero un tanto flexible en los horarios. Tendrás libertad de alcanzar tus objetivos y aspiraciones.

—Gracias, don Clímaco. ¿Y qué tengo que hacer?

—Muy sencillo: ir a la calle. Y aparte de cubrir las noticias que encuentres en los distintos organismos del Estado, la empresa privada, los partidos políticos, las iglesias y la comunidad, has de poner todo el talento en la recolección de materiales con el fin de redactar una crónica semanal. Incluiremos esa crónica en uno de nuestros programas institucionales de más sintonía, ateniéndonos al convenio pactado con *Coyuntura*, el semanario de opinión más importante del país. Tienes que aprender a conocer la ciudad, los sectores más dinámicos, las plazas históricas y las de mercado, los parques, los teatros, las tabernas y los campos deportivos. Tienes que visitar toda la ciudad, examinarla, explorarla, inspeccionar su división territorial y esquematizar en tu cabeza tu propia fragmentación: cuadrados, triángulos, rectángulos... puntos donde se puedan generar las más dinámicas y controvertidas acciones humanas.

—Le estoy muy agradecido, señor. Su generosidad me compromete no solo a ser un eficiente empleado de su empresa sino también a aceptar sus consejos. Aprovecharé con toda devoción la orientación profesional que me proporciona, así como la facilidad de ir a la calle y escribir una crónica semanal.

—Suerte, mijo, en tu trabajo y en tus propósitos. Aquí tienes el carné de periodista. A partir de este momento puedes perderte las siguientes veinticuatro horas. Pero eso sí, ojo con la calidad del trabajo. Aprovecha la tarde para visitar la Alcaldía de Bogotá y la Gobernación de Cundinamarca y pedir mapas turísticos e información general. Mañana, en vez de llegar a La Voz de los Cerros a las ocho, vas a la Plaza de Bolívar y haces de ese lugar el epicentro de tu trabajo de cronista. Forma un rectángulo imaginario en tu cabeza del espacio comprendido entre las calles 6 y la 16, y entre las carreras 5ª y 10ª, y a ser posible, traspásalo a papel. Seguro que allí encuentras el más valioso material para que comiences a escribir tus primeras crónicas. Hallarás todas las oficinas públicas, la alcaldía y la gobernación, el Banco de la República, iglesias, museos, teatros, bibliotecas, tabernas, hoteles y universidades: todo un mundo por explorar. Nos vemos mañana, a las dos de la tarde, para que me cuentes cómo fue tu primer día de trabajo. Hasta entonces.

—A esa hora estaré en su despacho.

Aquella fue la primera cita que incumplí con don Clímaco y no sería la última. Los sangrientos hechos que se desencadenarían al día siguiente y las profundas reflexiones derivadas de aquellos, así lo determinaron. Con la seguridad de saber que en diez días recibiría el salario proporcional de la primera quincena de trabajo, decidí gastar mis últimos ahorros de austero universitario en mejorar mis utensilios de trabajo. Contaba con cámara fotográfica, libreta de apuntes, lápiz y bolígrafo. Pero la grabadora que había utilizado como estudiante me parecía demasiado grande y obsoleta. Por eso me fui a San Andresito de la carrera 38 a buscar una grabadora más pequeña y moderna. Paseando por el bosque de la tecnología me acordé de mi profesor de radio, quien en clase nos había contado una anécdota: por falta de un teléfono en el lugar de los hechos no había podido transmitir la primicia del asesinato de un oficial de la policía en un bar. Había línea, pero el viejo aparato negro de marca alemana estaba fuera de servicio. La misma empresa fabricante ya había puesto en el mercado unos teléfonos más modernos y de varios colores, pero estos seguían siendo muy grandes y de discado. En cambio, una firma japonesa había puesto en las tiendas de electrodomésticos unos aparatos mucho más pequeños: de unos quince centímetros de largo por seis de ancho y cinco de alto, eran de cable corto y en vez de disco tenían teclado. Cabían perfectamente en el bolsillo de una chaqueta. Estirando mis recursos, quedé completamente equipado al adquirir uno de esos teléfonos.

Desde que había comenzado a estudiar comunicación social, nunca ponía los pies en la calle sin echar un vistazo al periódico *El Tiempo*, a cuya suscripción se había adherido mi padre tan pronto como nos establecimos en Bogotá. En esa rutina diaria, el viernes 18 de octubre me sorprendió una noticia que el periódico anunciaba en la página 4B: «Por anónimos, extreman medidas de seguridad en el Palacio de Justicia», titulaba el diario a dos columnas. Y al desarrollar la noticia el matutino informaba que la policía, en base a datos obtenidos por la División de Inteligencia Militar, había alertado a las autoridades judiciales sobre una presunta toma del Palacio de Justicia, sede de la Corte Suprema y del Consejo de Estado, por miembros de una célula urbana del Frente Ricardo Franco, disidencia

de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). «Ayer, los presidentes de la Corte Suprema, Alfonso Reyes, y del Consejo de Estado, Carlos Betancur, se reunieron con los altos mandos de la Policía y representantes del ministro de Justicia para acordar las medidas de protección», agregaba *El Tiempo*. La noticia me alertó por dos razones. Primero, porque todo lo que tuviese que ver con las organizaciones guerrilleras y con el orden público era para mí la prioridad en la información. Y, en segundo lugar, porque, como estaba buscando empleo, no quería que me sorprendieran en alguna entrevista con una pregunta como esta:

«¿Qué sabe usted de la toma del Palacio de Justicia por un movimiento guerrillero?»

En las aulas universitarias había aprendido que un periodista no puede confiarse a una sola fuente por más prestigio y credibilidad que aquella tenga. Esa enseñanza compaginaba muy bien con mi temperamento, ya que, en la búsqueda de la verdad, soy sanguíneo y, por lo tanto, animoso y decidido. Apoyado en ese principio, ese viernes 18 de octubre visité quioscos, droguerías y tiendas donde pudiera encontrar los demás periódicos de la ciudad. Revisé *El Espectador*, *La República*, *El Siglo*, *El Bogotano* y el *Diario 5pm*. Los dos primeros no aportaban nada en relación con el Palacio de Justicia. En cambio, los otros tres coincidían en que la rama judicial corría el riesgo de ser atacada por algún grupo guerrillero. Según la información que difundían los periódicos, no había certeza de cuál de los movimientos insurgentes podría ser el autor del atentado, pero el riesgo parecía inminente. «Hallan plan del M-19 para ocupar Palacio de Justicia», titulaba a dos columnas de *El Siglo*; «Desbaratado plan de toma y secuestro en la Corte», era el titular a dos columnas de *El Bogotano*. Finalmente, el *Diario 5pm* titulaba: «Iban por 2 magistrados», con un subtítulo que decía: «El M-19 en el Palacio de Justicia». Cumplido el ritual de consultar todos los medios escritos —que eran mis favoritos— los días que siguieron al 18 de octubre, fueron para mí el «día D», por lo que nunca dejé de pasar por la Plaza de Bolívar.

Una vez que renové mis instrumentos de trabajo, esa misma tarde hice el primer recorrido por el rectángulo urbano que me había aconsejado don Clímaco. Visité la alcaldía, la gobernación

y varias iglesias, pero el lugar que tenía en mente era el Palacio de Justicia, en especial la Corte Suprema. No pude hablar con su presidente, como era mi deseo, pero me paseé por todas las dependencias y todos los pisos del edificio. Me pareció extraño que ese martes de noviembre yo hubiera podido entrar sin ninguna dificultad, pues hasta el día anterior el edificio había estado vigilado por más de veinte policías. Solo después del holocausto me enteré de que el refuerzo especial de vigilancia había sido retirado dos días antes por orden del general Vargas Villegas, Comandante de la Policía de Bogotá. Con el asombro de haber visitado con tanta facilidad las dependencias del Palacio de Justicia, a las 7:00 de la noche regresé a mi casa a confirmarles la noticia de mi nombramiento a mis padres y hermanos, y a contarles los detalles, pues desde San Andresito había probado el aparato telefónico haciéndoles la primera llamada precisamente a ellos.

Al día siguiente, después de desayunar y revisar con detenimiento *El Tiempo*, empaqué todos los instrumentos de trabajo en un pequeño morral, que me había regalado mi padre el día de mi grado de periodista, y salí muy temprano. Antes de las 8:00 de la mañana llegué a la Plaza de Bolívar, donde las palomas, sin que nadie las molestara, devoraban el maíz que una generosa mujer habitante de la calle, les daba todos los días sin que nadie supiera cómo llegaba a sus manos tal provisión. Miré hacia todos los costados, y todo permanecía en la misma tranquilidad en que lo había dejado la tarde anterior. Volví a recorrer los lugares más importantes del cuadrante imaginario que don Clímaco me había dibujado el día anterior sin encontrar nada digno de convertirse en noticia. A las 10 y media de la mañana entré a la cigarrería ubicada en la esquina de la calle 13 con la carrera 8ª, tomé un refrigerio, como mi madre me había aconsejado, y compré un paquetico de maní que guardé en el bolsillo como provisión. Volví a la Plaza de Bolívar: a esa hora las palomas eran atraídas con granitos de trigo por un fotógrafo callejero que buscaba venderle una tierna impresión a algún transeúnte que anduviese por allí con niños de la mano.

Hacia las once de la mañana decidí entrar al Palacio de Justicia, pues deseaba entrevistar al presidente de la Corte Suprema, Alfonso Reyes Echandía, para preguntarle en qué

había quedado la supuesta amenaza desvelada por la policía y la razón por la cual el refuerzo de vigilancia había desaparecido. La secretaria me dijo que el magistrado estaba muy ocupado pero que si tenía paciencia, lo podría abordar tan pronto como se descongestionara de los compromisos que tenía. Volví a recorrer las distintas dependencias del edificio, esta vez con la idea fija de entrevistar a Carlos Betancur, presidente del Consejo de Estado, con el mismo propósito: indagar por las causas de la ausencia del refuerzo policial en el Palacio de Justicia. La secretaria me dijo que el consejero estaba muy concentrado en el estudio de un proceso y que antes del mediodía sería imposible que me atendiera. Ante las remotas posibilidades de entrevistar a Betancur, regresé a la oficina del presidente de la Corte. Pero no alcancé a llegar porque, camino a la oficina de Reyes Echandía, tropecé con dos hombres y una mujer vestidos de civil y fuertemente armados. Quien parecía ser el comandante del grupo me dijo:

—¡Quietos! Si se mueve lo mato. ¿Quién es usted?

—Soy periodista —le dije, muerto del susto—. Aquí está mi carné.

—Lo necesitamos, pero más tarde. Por ahora queda retenido, pero no respondemos por su vida. No se puede separar ni un metro de mí.

Yo estaba abrumado por el cúmulo de circunstancias. «Uno no tropieza con tantos hechos a la vez», pensé. Las sospechas que tenía desde el viernes 18 de octubre se habían cumplido. Hasta ese momento no sabía de qué movimiento insurgente se trataba; pero por lo que escuchaba al que oficiaba de comandante, dentro del edificio ya había siete guerrilleros, entre ellos una mujer, distribuidos así: dos en la cafetería, dos en la Secretaría del Consejo de Estado, la mujer en el tercer piso y dos en la Sección Tercera de ese tribunal. En este grupo estaba el jefe y, pegado a él, estaba yo. Esa circunstancia me permitió enterarme, en ese preciso momento, de que el que daba las órdenes hacía contacto por radioteléfono con otro, que estaba fuera del edificio, para decirle que todo estaba bajo control y que podía disponer de la llegada del resto de la tropa al Palacio de Justicia.

Estaba absolutamente seguro de que era el único periodista que permanecía dentro del edificio, y me moría de ganas de darle tal primicia a don Clímaco. Todos los elementos de trabajo estaban en mi morral, pero no podía disponer de ellos, y ni siquiera podía abrir la boca. El comandante, que desde el primer momento me había retenido, con esa psicología animal de los guerreros, al leer en mi rostro de periodista novato la ansiedad de comunicarme con el mundo exterior, me advirtió en tono amenazante:

—Cuidado, chino hijueputa, porque usted será el primer muerto en esta misión. Fíjese que hasta los dos vigilantes del edificio continúan con vida.

Yo solo moví la cabeza para asentir: aceptaba la orden del guerrillero. A las 11:30 de la mañana vi que el Palacio de Justicia estaba completamente colmado de subversivos. Por el escándalo que armaron y por las órdenes de distribución que daban quienes parecían ser los comandantes, pensé que serían cerca de cien. Al escuchar las consignas que gritaban me di cuenta de que se trataba del M-19. Después supe que a los siete guerrilleros que constituían la avanzadilla con la que yo había tropezado a las 11 de la mañana, se les había unido el grueso de la tropa, conformada por veintiocho, para un total de 35; que el comandante general del operativo era Luis Otero y que la mujer ubicada inicialmente en el tercer piso era la estudiante de Derecho de la Universidad Libre Irma Franco. En ese instante me debatía emocionalmente entre el terror y la esperanza. Tenía la certeza de que si permanecía en silencio podría sobrevivir, pues todas las personas que estaban dentro del edificio —unas 350— se hallaban bajo el poder de un solo movimiento armado: el M-19. El momento más angustioso comenzó 45 minutos después, cuando ingresaron al edificio los primeros soldados y empezaron a cruzar balas con los insurgentes.

A la 1:00 de la tarde, el jefe de la avanzadilla del M-19 tomó como rehén a Alfonso Reyes Echandía; por lo tanto, yo corría la misma suerte que el presidente de la Corte Suprema. A la 1:20, el comandante general del operativo se puso en contacto con los medios de comunicación. Solo en ese momento quien me había capturado me dijo que tenía un minuto para comunicarme con

una sola persona del mundo exterior. A mí se me convirtió en un problema tomar la decisión: ¿A quién llamar: a don Clímaco o a mis padres? No tenía mucho tiempo para hacer un juicio de valores y de responsabilidades. Sin más dilación llamé a mi jefe para decirle que no le podía cumplir la cita, porque era rehén de la guerrilla que se había tomado el Palacio de Justicia.

—Lo importante es tu vida —me dijo don Clímaco—. ¡Que te dejen salir! ¡Tú nada tienes que ver con el gobierno ni con la guerrilla!

—Por favor, llame a mi casa y avise dónde me encuentro. En mi hoja de vida está el número. ¡Hasta pronto, señor! ¡No puedo seguir hablando!

—¡Suerte, mijo!

Terminado ese breve diálogo, el hombre que dominaba la situación me dijo que, como periodista, lo único que podía hacer era tomar notas en mi libreta: no se me permitiría grabar ni tomar fotos. Las horas que siguieron fueron de zozobra total, no solo para mí sino para el resto de los rehenes: el ruido de los *rockets* que estallaban contra las paredes externas del edificio, el estruendo que hacían las orugas de las fuerzas militares al tumbar la puerta principal del Palacio de Justicia, el zumbido de los helicópteros que dejaban piquetes de soldados en la azotea de la edificación y el llanto y la histeria de algunos de los rehenes hacían del escenario un infierno. «¡Qué ironía!», pensaba yo. Tanto buscar durante dos días al presidente de la Corte Suprema para que me dijera en qué había quedado la amenaza de un grupo guerrillero, y ahora que lo tenía tan solo a centímetros de distancia no podía mantener una conversación con él porque los dos estábamos en igualdad de condiciones: éramos dos víctimas infelices en medio de las balas de dos ejércitos a cuál más violentos e inhumanos. A las 3:00 de la tarde, los guerrilleros nos llevaron a Alfonso Reyes Echandía, a un crecido número de rehenes y a mí, que también lo era, para el cuarto piso. Calculé que seríamos unos doscientos. Después supe que el número no pasaba de ochenta.

A las 5:30 de la tarde, el presidente de la Corte, Alfonso Reyes Echandía, intentó comunicarse, vía telefónica, con el presidente de la República, Belisario Betancur, pero el jefe de Estado no le

pasó al teléfono. El hombre que había vigilado todo el tiempo a Reyes Echandía y a mí, tomó el teléfono y dijo:

—Les habla Alfonso Jacquin, segundo al mando de este operativo. El presidente de la República no le ha pasado al teléfono al presidente de la Corte y este se va a morir. No es el M-19 el que se ha tomado el Palacio de Justicia: se lo tomaron los tanques del ejército. Cuando entren a este piso, vamos a morir todos.

Solo entonces tuve claras dos cosas: el guerrillero que me había capturado se llamaba Alfonso Jacquin y era el segundo al mando de la toma del Palacio de Justicia. Consciente del poder, la osadía y la temeridad del insurgente del que era rehén, me llené del valor que solo el peligro es capaz de infundir y le dije:

—Comandante Jacquin, como periodista he sido testigo mudo de este fuego cruzado, sin hablar una sola palabra, como usted me lo ha ordenado. Permítame hacerle un par de preguntas al presidente de la Corte.

—¡Tenga! ¡Hágalas! —me dijo—. Pero que sean dos y que reflejen la situación que vivimos: la violenta e inhumana toma e incendio del Palacio de Justicia por parte de los tanques del ejército.

—Gracias, comandante —contesté—. Y, dirigiéndome al presidente de la Corte Suprema, le pregunté:

—A esta hora, 5:37 minutos de la tarde, señor magistrado Reyes Echandía, ¿qué quiere pedirle al presidente de la República?

—Que cese el fuego. Por favor, que cese el fuego... Señor periodista, diga que cese el fuego inmediatamente... Es cuestión de vida o muerte.

—Y ante la negativa del presidente de la República de escuchar sus ruegos y súplicas, ¿qué le dice al país y al mundo, señor presidente de la Corte Suprema de Justicia de Colombia?

—Que la violencia insurgente lacera el alma colectiva, pero que avergüenzan y matan más la indiferencia y el abandono en que el gobierno nos ha dejado a los magistrados. De este infierno no saldré con vida, como ya lo ha escuchado. Sin embargo, hay hechos que están por encima de las fuerzas humanas: si usted

logra salvarse, le pido por favor, señor periodista, que rescate de las cenizas del olvido esta amarga y humillante desventura.

Las palabras de Reyes Echandía contenidas en su primera respuesta fueron las últimas que le escuchó la opinión pública, pues poco tiempo después le arrebataron la vida. Las pronunciadas en la segunda fueron escuchadas por mí y por el propio Jacquin, pero jamás salieron al aire porque en medio del nerviosismo la grabadora se me apagó.

En este delirio —o eso pensé—, encuentro dos hechos dolorosos: el presidente de la Corte Suprema de Justicia ve consumida su vida por las llamas, y si yo me salvo, este será mi físico bautismo de fuego como periodista.

Entretanto, Jacquin, por un instante, se despojó de su armadura de guerrero y descendió a terreno llano, a los aspectos políticos y humanos de la guerra, y me dijo:

—Actuó con la lealtad del periodista honesto, Azarías. A condición de que continúe así por el resto de su vida, a partir de este momento lo dejo en absoluta libertad. Mire a ver cómo se salva y sale de esta batalla para que le cuente al mundo lo que vio. Ojalá que el ejército no lo mate.

—Gracias, comandante Jacquin. Asumo los riesgos y saldré de aquí cuando vea el momento oportuno.

«Tengo la libertad de enfrentarme a dos fuegos», pensé. Muchas ideas cruzaron por mi cabeza. Estaba con dos de los tres protagonistas más importantes de la toma del Palacio de Justicia: el rehén número uno y el segundo al mando en el operativo de la insurgencia. ¿Cuántos periodistas desearían estar aquí en este momento? Quise pedirle al comandante Jacquin que me permitiera hacerle un amplio reportaje a Reyes Echandía, pero me abstuve, por dos razones. Pese a mi corta edad y a mi carencia absoluta de experiencia, alcancé a sopesar los intereses y las emociones de esas dos personalidades. «¿Qué le puede interesar al comandante Jacquin?», me pregunté. De acuerdo con lo que le había escuchado en su breve proclama, le convenía lograr que el presidente de la República le pasara al teléfono al presidente de la Corte y a partir de ahí establecer un puente entre el jefe de Estado y el M-19 para frenar el

incesante fuego de los morteros y los fusiles al cuarto piso, y de ese modo, darle una salida política al cruento hecho, el más crucial y sangriento vivido por mí hasta entonces. La radiografía emocional de Reyes Echandía, también estaba expresada en sus breves palabras de respuesta a la primera pregunta que yo le había hecho: que cesara el fuego porque era un «asunto de vida o muerte».

Tres monstruosidades, y una más, atribuibles cada una a los tres actores armados, avergüenzan y deshonran la historia política de Colombia —escribí en el prólogo de mi obra *Las devastaciones de la guerra: Colombia 1946-2010*, después de haber consumido cinco lustros de mi vida haciendo periodismo de investigación—. La masacre es, por excelencia, el arma de los paramilitares, en sus tres fases: la de 1946, la de 1962 y la de 1981. El secuestro, el instrumento inhumano de la guerrilla, y los falsos positivos, el secreto perverso del ejército para simular que va ganando la guerra. De las masacres nace el cuarto monstruo: el desplazamiento forzado. Sin embargo, los tres actores armados masacran y secuestran. Pero ahí no concluyen las devastaciones de la guerra. El conflicto trae otros veinte estragos, entre los que se encuentran los muertos, heridos y lisiados en combate o en atentados terroristas, las desapariciones forzadas, los asesinatos selectivos, las torturas, la violación de mujeres, el reclutamiento de menores o niños para la guerra, la locura, las minas antipersonas, los ataques a bienes civiles, la ruina presupuestal, la corrupción de las autoridades nacionales, regionales y locales, el cansancio, la fatiga y los problemas emocionales en toda la sociedad, la tierra arrasada, la incertidumbre, la soledad y el olvido.

En mi razonamiento silencioso después de que el segundo al mando del operativo me autorizó a abandonar el cuarto piso del Palacio de Justicia, yo no estaba seguro de que Jacquín aceptara que le siguiera haciendo preguntas al presidente de la Corte. Si ya me había permitido interrogarlo, había sido para hacerle dos preguntas solamente. Insistir en que me permitiera ampliar el interrogatorio habría sido alterarle el ánimo, llevarlo a que perdiera la serenidad que había mantenido hasta esa hora;

y si eso sucedía, acabaría, como lo había dicho, con todas las personas que estaban en el cuarto piso. Ahora bien: si Jacquín permitía hacerle un amplio reportaje al presidente de la Corte, Reyes Echandía no tendría ánimo distinto a insistir en el cese del fuego. A la incertidumbre de no poder prever la reacción de Jacquín y a la certeza de no poderle cambiar el estado emocional a Reyes, que le suplicaba al presidente de la República que le pasara al teléfono, se sumaba mi propio estado emocional, que se parecía al del guerrillero y al del rehén, pues los tres estábamos en inminente peligro de muerte. En suma, estaba frente a dos valores esenciales: hacer el gran reportaje de mi vida o esforzarme al máximo por sobrevivir para contar lo sucedido, apoyado en mi memoria y en los escasos apuntes que había logrado tomar en medio del fuego. No sería la única vez que tendría que enfrentarme a dilemas semejantes.

Después de esas elucubraciones silenciosas opté por salvar mi vida. Sin embargo, fue más fácil tomar la decisión que coronar mi hazaña. Si durante las primeras seis horas de mi primera aventura periodística había estado codo a codo con dos protagonistas principalísimos, corriendo los mismos riesgos que ellos, las siguientes catorce las viví como un náufrago solitario. En el Palacio de Justicia había más personas que, si bien eran rehenes, tenían un mínimo de protección de sus captores. En cambio, yo tenía las puertas abiertas pero estaba rodeado de fuego por todos los costados. Estaba libre, sí, pero por arriba daban fuego los guerrilleros y por abajo los soldados. ¿Cómo escapar? ¿Cómo ganar la calle? El único guerrillero que me conocía era Jacquín, pero se encontraba vigilando al rehén principal. Para los demás yo era un desconocido, quizás un infiltrado del ejército, a quien le podían disparar en cualquier momento. Si me salvaba de las balas del M-19, no escaparía de las balas del ejército. Con esa incertidumbre atravesé la puerta del cuarto piso.

Las catorce horas siguientes las viví de piso en piso, de baño en baño, de descanso en descanso de las escaleras, siempre con las manos contra las paredes o arrastrándome por el suelo. Jamás nadie gastó catorce horas recorriendo un trecho tan corto como el que existe entre un cuarto piso y la salida a la calle. Hacia las